

CONFIGURACIÓN DE LAS RELACIONES DE GÉNERO EN LA NOVELA *DOÑA BÁRBARA* DE RÓMULO GALLEGOS

*Deborah Singer**

ABSTRACT

The article proposes a reading of the regionalist novel “Doña Bárbara” from the perspective of gender, in order to examine the way national identity and social relations are determined by an ideology of men supremacy. The regionalist literature expresses a structure of relationships whose goal is to perpetuate the hegemonic masculinity.

Key words: Regionalist novel, national identity, social relations, ideology, gender.

RESUMEN

El artículo propone una lectura de la novela regionalista “Doña Bárbara” desde la perspectiva de género, de modo de poder establecer la forma en que la identidad nacional y las relaciones sociales están determinadas por una ideología de supremacía masculina. La literatura regionalista presenta una estructura de relaciones humanas cuya meta es perpetuar la masculinidad hegemónica.

Palabras clave: Novela regionalista, identidad nacional, relaciones sociales, ideología, género.

Doña Bárbara es considerada una novela paradigmática del movimiento literario hispanoamericano conocido como el Regionalismo, caracterizado por la búsqueda de elementos autóctonos propiamente americanos en regiones alejadas de los grandes centros urbanos, donde el progreso todavía no se ha manifestado y la rudeza del ambiente requiere de la presencia de un grupo humano fuertemente adaptado. Más aun, la novela regionalista pareciera privilegiar un tipo de organización social determinado por la diferencia de géneros: por una parte se reproduce la imagen de la mujer como ángel del hogar (siempre con un

papel secundario) y, por otra parte, se plantea la exhibición de la masculinidad como un indicador de poder y status social.

¿Por qué llevar a cabo un análisis de *Doña Bárbara* desde la perspectiva de género? Para nadie es un secreto que el canon literario tiende a afianzar el orden patriarcal, en el cual el hombre ejerce su dominio mediante el establecimiento de principios (religiosos, morales) cuyo fin último es lograr la sumisión de la mujer a un rol subalterno, siempre en el marco de lo doméstico. Lo novedoso de la novela regionalista es la presencia de ambientes rurales inhóspitos (la selva, la pampa, el llano) que favorecen

** Profesora de la Universidad Nacional, Costa Rica. Correo electrónico: dsinger_go@yahoo.es

la estratificación social de acuerdo al género, no sólo en términos de masculino/femenino, sino también entre los diferentes tipos de masculinidades y feminidades. Si bien es cierto que pertenecer al género masculino le da al hombre el derecho de situarse en un lugar privilegiado, ese derecho debe ser defendido mediante la demostración de valentía y destreza en las labores del medio rural; sólo así el sujeto puede granjearse el respeto de sus compañeros y asegurarse un lugar digno en el orden jerárquico.

Siendo la literatura regionalista considerada la auténtica fundadora de la identidad latinoamericana (al realismo, modernismo y vanguardismo se los acusó de europeizantes), resulta interesante detectar en ella los valores preconizados por la ideología patriarcal, de modo de establecer si se privilegia (o no) un modelo específico de masculinidad y de feminidad, y de qué manera la configuración de géneros determina una estabilidad imprescindible para la perpetuación del sistema. Dicho de otra forma, parto de la hipótesis que la configuración de masculinidades y feminidades responde a una necesidad del sistema patriarcal para legitimarse a sí mismo y llevar adelante un proyecto reconocido por todos como proyecto nacional.

1. El Regionalismo y la formación identitaria latinoamericana

La crítica literaria tradicional ha destacado el rol fundante de la literatura regionalista de una identidad propiamente americana, debido a su afán de rescatar lo autóctono a través de un lenguaje simple y directo. Alain Sicard (1998) sostiene que la literatura regionalista sigue la huella de la tradición de los exploradores del siglo XV, en el sentido de que se trata de un esfuerzo por “hacerle descubrir al hombre de la ciudad, y más allá al lector europeo, los paisajes, los hombres, las costumbres de esas tierras todavía mal conocidas” (Sicard 1998: 1). Por su parte, Earl Fitz (1991) señala que Hispanoamérica le debe a la literatura regionalista el descubrimiento de su autenticidad, lo que le permitió reafirmar su independencia. Según Fitz, una característica constante en la

literatura regionalista de todo América es que, si bien el paisaje cambia, la relación entre los seres humanos y su sentido de pertenencia al lugar que comparten es universal, es decir, hay una trascendencia de lo meramente local. Lo importante del caso es el rescate que el escritor ciudadano hace de un lenguaje, un folklor y un modo de vida específicamente regional que, visto desde el punto de vista de la urbe, aparece profusamente cargado de magia y exotismo.

Tal es el caso de la novela *Doña Bárbara*, que se originó a partir de una estadía de Rómulo Gallegos en el llano venezolano, durante los años en que Venezuela era gobernada por el dictador Juan Vicente Gómez (1909-1935). En aquel entonces, el 27 por ciento de la población vivía en poblados de menos de 2500 habitantes mientras que sólo el 15 por ciento se localizaba en ciudades de más de 20.000 habitantes (Navascués: 2002). La élite político-intelectual estaba localizada en los centros urbanos; de hecho, el impulso dado a la inversión extranjera como vía hacia el desarrollo gozó del apoyo de la intelectualidad, aunque ello significara en la práctica el abandono del sector agrícola y una mayor concentración de la riqueza en las manos de la oligarquía. Con estos antecedentes, no es sorprendente la desconfianza del pueblo hacia los poderes gubernamentales y hacia cualquier influencia foránea, como queda de manifiesto en la novela *Doña Bárbara*, cuando Antonio Sandoval le dice a Marisela que “el extranjero siempre tiene garantías que le faltan al criollo” (Gallegos: 258). Sandoval se hace eco de una opinión bastante generalizada en Latinoamérica, apoyada en este caso por el hecho de que a Mister Danger, hombre proveniente de Estados Unidos, “se le abrieron todas las puertas en espera de los ríos de dólares que iban a correr por la llanura” (Gallegos: 99), lo que le otorgó el carácter de “conquistador de tierras mal defendidas” (Gallegos: 108).

La conformación de las identidades nacionales pasa por un proceso de diferenciación de lo “extranjero”, y ésto se dio en América Latina en forma lenta y paulatina a partir de la Independencia. En aquel entonces la población estaba constituida por un grupo humano heterogéneo y culturalmente disímil (las comunidades

indígenas ni siquiera hablaban español), lo que hizo necesario la exaltación de un imaginario colectivo que dotara a los grupos humanos de un pasado común que los hiciera conscientes de pertenecer a un territorio geográficamente determinado, y les permitiera sentirse parte de una comunidad imaginada aunque jamás hubiesen visto a los demás miembros (Anderson: 1991). La élite intelectual y política se dio a la tarea de crear una sociedad con características propias que la identificaran de sus vecinos, y parte de esa tarea consistió en difundir el ideal de un proyecto nacional apoyado por todos los aparatos de Estado, y por supuesto, por la literatura. Si en un primer momento se propició el progreso por medio de la importación de modelos de desarrollo europeos, posteriormente primó la convicción de que civilizar era posible sólo en la medida en que se respetara las características propias del continente, vale decir, lo autóctono. La novela regionalista -desde ese punto de vista- contiene los elementos típicos de lo latinoamericano, como por ejemplo los conflictos entre la civilización y la barbarie, entre la ciudad y el campo, entre lo local y lo foráneo, y entre lo masculino y lo femenino, siempre en el entendido que el sistema patriarcal es el único factible, dadas las condiciones del continente.

2. Perspectiva de género

Dado que el enfoque del análisis se hará desde la perspectiva de género, conviene señalar que los estudios sobre el tema son relativamente recientes y se han llevado a cabo en respuesta a una necesidad de sistematizar la investigación en el campo de las relaciones sociales a partir de las diferencias sexuales entre los individuos. Laura Sau (1994) define el género como un conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómica y fisiológica, lo que da sentido al comportamiento sexual, a la reproducción de la especie y a las relaciones entre las personas en general. Sau destaca que la tradición legitima el carácter sacro y natural de la autoridad del padre

y subordina a las mujeres a partir de la función reproductora que se les atribuye. De esta manera, la “masculinidad” y la “feminidad” se definen de acuerdo al orden de géneros que la sociedad privilegia.

A la hora de definir los géneros, el cuerpo parece ser el protagonista. La sociedad occidental optó por el establecimiento de dos géneros dicotómicos (masculino y femenino) cuya diferenciación se produce en gran medida de acuerdo a las características corporales. Estas últimas legitiman la ideología patriarcal, puesto que la sociedad atribuye la hegemonía masculina a determinismos biológicos, como la programación genética (que impulsa a los hombres a dominar) y la diferencia hormonal. Otras teorías, defendidas en su mayor parte por las ciencias sociales, proponen al cuerpo como superficie neutral donde se imprime el simbolismo social, lo que se relaciona estrechamente con los mecanismos de poder. Donde parece haber consenso es en la necesidad de someter las necesidades “animales” del cuerpo al control de la mente y la razón. Se parte de la base que los deseos irracionales deben ser doblegados para dar paso a estructuras más civilizadas, que favorezcan el implemento de proyectos tecnológicos a largo plazo que pongan a la humanidad en la cima del orden natural y le permitan hacerse cargo de su propio destino. El problema con ello, como afirman Bhattacharyya, Gabriel y Small (2002), es que el ejercicio de la razón es un atributo que se le reconoce a un grupo muy restringido de la población: los sujetos blancos, occidentales, de sexo masculino:

For a constructed whiteness built on (the fiction of) reason and order, strictly hierarchical social structure and strictly tight-lipped self control, desire threatens to smash apart both self and society (Bhattacharyya et al 2002: 101).

El dominio de los deseos corporales a través de la razón parece ser un tópico fundamental en la imaginación y construcción de las naciones latinoamericanas, donde los deseos aparecen asociados al cuerpo, a lo irracional, lo bárbaro, mientras que la razón aparece del lado del

proyecto civilizador que se pretende imponer. La novela *Doña Bárbara* es un claro ejemplo de la lucha entre la civilización y la barbarie, y se propone como proyecto nacional la colonización y el saneamiento del llano. Para sanear el llano es necesario dominar la tierra, y como ésta ha sido tradicionalmente descrita con características femeninas, se transforma en un objeto susceptible de ser tomado, conquistado y colonizado. De hecho, la literatura abunda en ejemplos del mito tierra-mujer: tierra madre, tierra abierta, tierra postrada, tierra en espera de la simiente del hombre, etc. Esto nos conduce a las connotaciones ideológicas que tiene la asociación de feminidad con naturaleza y pasividad, en contraposición al ideal masculino del poder y la acción. Sólo que en el caso del llano, se trata de una feminidad indómita a la que es imprescindible doblegar:

Por el trayecto, ante el espectáculo de la llanura desierta, pensó muchas cosas: (...) luchar contra la Naturaleza: contra la insalubridad que estaba aniquilando la raza llanera, contra la inundación y la sequía que se disputan la tierra todo el año, contra el desierto que no deja penetrar la civilización (Gallegos: 17).

Las fuerzas naturales ponen constantemente a prueba la resistencia de los hombres que habitan el llano. Este suele ser descrito en términos alusivos a las formas femeninas de modo que la naturaleza es transformada en objeto sexualizado al que es necesario poner un límite, una cerca:

La cerca sería el derecho contra la acción todopoderosa de la fuerza, la necesaria limitación del hombre ante los principios, la línea recta del hombre contra la línea curva de la Naturaleza (Gallegos: 96).

La connotación sexual de la toma de posesión de la naturaleza es una constante en la narrativa occidental (Bhattacharyya *et al* 2002: 102). No es casualidad que el concepto “la devoradora de hombres” aluda tanto a la llanura como a doña Bárbara. Esta última constituye la personificación de las fuerzas naturales fuera de control, siendo su poder de seducción el arma principal del que ella dispone (“es más

hombruno tomar que femenino entregarse”). La barbarie es un fenómeno que se da en los lugares limítrofes del mundo civilizado, y por lo mismo, se transforma en una tentación a la que tiene acceso el hombre en la frontera. Así lo reconoce Santos Luzardo:

-Después de todo –se decía- la barbarie tiene sus encantos, es algo hermoso que vale la pena vivirlo, es la plenitud del hombre rebelde a toda limitación (Gallegos: 203).

Pero esa rebeldía tiene un límite. La cultura blanca occidental está invadida por el temor a la sexualidad. Entregarse a los apetitos del cuerpo es casi una traición al privilegio de ser blanco, porque el placer es sospechoso y el sexo es peligroso. Al ser el cuerpo una entidad que debe ser trascendida, el sujeto debe aprender a reprimir la sexualidad a través del ejercicio de la razón. Abandonarse a la barbarie de la sexualidad implica la destrucción del individuo; la barbarie es una fuerza inexorable que no perdona a quien intenta dominarla adaptándose a sus reglas, de modo que sólo es factible enfrentarla por medio de la voluntad de un civilizador blanco (incorruptible) que sea capaz de resistirse a su encanto, que refuerce la jerarquía en las relaciones de género, y que introduzca la noción de delimitación. Sin embargo, a pesar de que la novela *Doña Bárbara* preconiza el principio de la razón, es interesante destacar que la lucha del protagonista contra las fuerzas (irracionales) del mal termina dándose bajo las reglas de la barbarie: la amenaza y la violencia (recordemos la forma en que Santos detiene a los Mondragones). Este punto es de cabal importancia porque constituye una prueba de la imperfección del sistema patriarcal: una jerarquía legítima no tendría por qué recurrir a la violencia para reafirmarse a sí misma.

La civilización parece estar del lado de la ciudad, con toda la complejidad que supone la vida urbana. Para Santos Luzardo el futuro se encuentra en “...la vieja y civilizadora Europa, (donde es factible encontrar) la ciudad ideal, complicada y perfecta como un cerebro, adonde toda excitación va a convertirse en idea y de donde toda reacción que parte lleva el sello de la eficacia consciente” (Gallegos: 16).

Es el racionalismo puro llevado a la práctica. Sin embargo, esa exaltación de la vida urbana pronto es desechada por el narrador al destacar el vigor y la alegría del llanero, frente a la “tristeza palúdica” de los hombres del pueblo, “de caras macilentas, bigotes lacios y miradas mustias” (Gallegos: 117). Por otra parte, el mismo Pajarote dice no entender cómo la gente puede vivir en casas tapadas donde “está el cristiano como los ciegos, que preguntan quién es después que los han tropezado” (Gallegos: 287). Pareciera ser que el modo de vida europeo no es susceptible de ser importado a América, sino que el continente debe encontrar su propia ruta hacia el progreso.

2.1. *Masculinidades múltiples*

Los roles de género no se determinan por un conjunto de normas preexistentes que son pasivamente internalizadas por los individuos, sino que dependen del continuo crear y recrear convencionalismos a través de la práctica social. De este modo, lo que la sociedad occidental considera “masculinidad natural” es enteramente ficcional y se fundamenta en una supuesta diferencia biológica insalvable entre hombres y mujeres. No debemos olvidar que la definición que el grupo humano hace de la masculinidad depende de factores sociales, culturales e históricos que la van conformando de una u otra manera, por lo que no conviene hacer referencia a la masculinidad, sino más bien a masculinidades múltiples. Al respecto, Robert Connell (1995) propone la siguiente definición

(...) masculinities are configurations of practice structured by gender relations. They are inherently historical; and their making and remaking is a political process affecting the balance of interests in society and the direction of social change (Connell 1995: 44).

Más adelante agrega:

Masculinity, to the extent the term can be briefly defined at all, is simultaneously a place in gender relations, the practices through which men and women engage that place in gender, and the effects of these practices in bodily experience, personality and culture (Connell 1995: 71).

De lo anterior se desprende que las relaciones de género se dan en un proceso de diferenciación y reacción mutua, es decir, tanto masculinidad como femineidad son conceptos relacionales puesto que adquieren significado el uno en relación con el otro: lo masculino necesita de un femenino respecto al cual definirse.

2.2. *Masculinidad versus barbarie*

El historiador inglés John Tosh (Swinburn: 1999) sostiene que en las últimas décadas del siglo XIX se advierte un desencanto con las convenciones y las constricciones de la vida doméstica, lo que contribuyó a la aparición de vías de escape socialmente aceptadas, como la “huída” a mundos lejanos conformados únicamente por hombres. En la frontera de la civilización se crea un núcleo masculino de aventureros dedicados a pelear, puesto que la ferocidad en la lucha reemplaza la respetabilidad que otorga ser jefe de familia. De esta forma, la construcción de las identidades masculinas está regida por la jerarquía que se establece de acuerdo al valor en la batalla. Las “cicatrices de guerra” (mutilaciones o heridas corporales) se transforman en prueba de valentía, y la violencia física (fuera del alcance de toda ley o autoridad) puede llegar a límites extremos. Los países que no han logrado consolidar una presencia jurídico-legal en todo su territorio presentan grupos altamente masculinizados en los lugares fronterizos que, desde la perspectiva de la ciudad, son considerados tierra de nadie.

También es importante destacar que la utilización de la violencia afianza el posicionamiento del género dominante. La violencia entre los mismos hombres se transforma en una manera de establecer límites, equilibrios, de fijar jerarquías y reafirmar la masculinidad dentro del grupo, porque la masculinidad como condición social tiene que ser demostrada (Perotin-Dumon: 2001) y la afirmación pública es primordial; todo acto masculino supone un público imaginado al que hay que convencer de que se es el amo de la situación y que se es el más fuerte.

Es evidente que el llano, aquella tierra irredenta fronteriza no está destinada a ser

habitada por cualquiera. Se requiere la presencia de hombres con un perfil determinado, “hombres machos” que dispongan de la fortaleza física y emocional necesaria para poder afrontar el “medio llanero, rudo, pero de intensas emociones endurecedoras de carácter”. El llanero constituye “la raza de hombres sin miedo” que se desenvuelve con destreza y aplomo, experimentando un exagerado sentimiento de la hombría producido por el simple hecho de ir a caballo a través de la sabana:

(...) en el trabajo: la doma y el ojeo, que no son trabajos, sino temeridades; en el descanso: la llanura en la malicia del “cacho”, en la bellaquería del “pasaje”, en la melancolía sensual de la copla; en el perezoso abandono: la tierra inmensa por delante y no andar, el horizonte todo abierto y no buscar nada; en la amistad: la desconfianza, al principio, y luego la franqueza absoluta; en el odio: la arremetida impetuosa; en el amor: “primero mi caballo”. ¡La llanura siempre! (Gallegos: 62).

El llanero indómito y sufridor, indisciplinado y leal, alegre, melancólico, supersticioso y religioso a la vez. Su mayor orgullo está en participar en los torneos de llanería, donde ostenta sus mejores aperos, y se esfuerza en lucir todas sus habilidades de centauro:

(...) alegres, excitados por las perspectivas de la jornada apasionante, cruzándose chistes y retencias maliciosas, recordándose mutuamente percances de anteriores vaquerías donde arriesgaron la vida entre las astas de un toro y estuvieron a punto de morir despanzurrados bajo el caballo, estimulándose unos a otros con hazañosos desafíos (Gallegos: 179).

La doma es presentada no como un trabajo, sino casi como un deporte. Normalmente, el inicio del individuo en una práctica deportiva implica el aprendizaje de ciertas destrezas y reglamentos que norman el juego, pero también marca su ingreso a una institución jerárquica altamente competitiva y productora de masculinidades (Connell: 1995). El rendimiento deportivo produce relaciones jerarquizadas entre los mismos hombres y legitima la exclusión de las mujeres puesto que el deporte representaría una prueba simbólica de su inferioridad física.

El llanero conforma un tipo humano muy bien adaptado al medio en que se desenvuelve. Para él, “cachilapiar” o domar potros salvajes se transforman en ocasión de despliegue de sus habilidades. Siguiendo reglas socialmente aceptadas, los hombres ponen los cuerpos en competencia, desarrollando un sentido de “equipo” que refuerza su pertenencia al grupo. La objeción a ese estilo de vida la expresa el propio Santos, al reprocharle al llanero la falta de iniciativa para impulsar la modernización del llano. Por otra parte, el narrador destaca “en el odio: la arremetida impetuosa”, lo que supone una solución violenta e irracional a los conflictos surgidos entre ellos. Como afirma Lorenzo Barquero, “...la ley de esta tierra es la bravura armada. En esta tierra no se respeta sino a quien ha matado. No le tengas grima a la gloria roja del homicida” (Gallegos: 174). La preeminencia de este rasgo, propio del centauro, es un escollo más que es necesario superar para dar paso al progreso; es decir, no es el llanero tradicional quien está destinado a llevar adelante la empresa civilizadora.

2.3. *La masculinidad hegemónica*

Cuando se habla de “masculinidad hegemónica” no se hace referencia a una tipología fija y permanente, sino al posicionamiento del rol hegemónico en un contexto específico con un determinado esquema de relaciones de género (Connell: 1995). En nuestra cultura occidental la forma de masculinidad exaltada legitima el orden patriarcal y consolida la posición dominante de los hombres frente a las mujeres. Por otra parte, el Estado, los grandes consorcios económicos y los organismos que conforman el aparato ideológico, desarrollan estrategias cuyo fin es reafirmar y perpetuar el orden jerarquizado, y aunque no todos los hombres respondan a esa masculinidad normativa, por su posición privilegiada profitan del sistema estableciéndose entre ellos lazos de complicidad.

La novela “Doña Bárbara” privilegia un tipo de masculinidad que conjuga la fortaleza física con la razón, la delicadeza de espíritu con el poder de decisión, y el aprendizaje en el llano con la educación formal, en el entendido que el

sujeto en cuestión es un terrateniente cuya hegemonía nadie pone en duda. Es interesante notar que Santos Luzardo es presentado inicialmente con características andróginas, casi femeninas, que no corresponden al modelo de masculinidad que prevalece en el llano. Debido a ello, el negativo efecto que Santos provoca en Carmelito (su gallardía le pareció petulancia, su cutis era demasiado terso y delicado, no tenía bigotes, sus modales eran demasiado afables y amanerados, y llevaba “demasiado trapo encima”) debe ser revertido mediante una prueba de fuerza que pruebe su valentía, y ésta se concreta inicialmente a través de la doma del potro pero tiene su culminación en el enfrentamiento con el toro.

El toro es un animal con características míticas, considerado desde épocas inmemoriales el prototipo de la fuerza demoledora masculina, el poder, la agresividad y la independencia. La primera asociación de la figura del toro con Santos Luzardo se produce cuando este último llega a Caracas junto a su madre, y el sentirse “trasplantado” en un medio extraño tuvo un efecto negativo en el carácter del muchacho:

Estaba “enmatado”, como dice el llanero del toro que busca el refugio de las matas y allí permanece días enteros echado, sin comer ni beber y lanzando de rato en rato sordos mugidos de rabia impotente, cuando ha sufrido la mutilación que lo condena a perder su fiereza y el señorío del rebaño (Gallegos: 15).

La mutilación física del toro es equivalente al desarraigo de Santos en un medio citadino; es inevitable que escuche el llamado del llano que tarde o temprano lo llevará de vuelta a su tierra natal. Cabe destacar que el hombre que renuncia a las comodidades y a una carrera prometedoras en la ciudad para llevar adelante un proyecto de desarrollo en la frontera, muestra una particular autodeterminación y fuerza de voluntad que presuponen la reafirmación de su ego masculino. El enfrentamiento de Santos con el toro tiene una importancia fundamental porque se produce frente a un público representativo (incluso cuenta con la presencia de doña Bárbara) que es testigo de su consagración como macho dominante:

Con una rápida maniobra de jinete experimentado hurtó el encontronazo, cortándole el terreno al toro, y lanzó la soga por encima del anca del caballo. El orejano se la llevó en los cuernos y Pajarote exclamó entusiasmado:

-¡Y de media cabeza, por si hay exigentes por aquí! (Gallegos: 152).

A partir de aquel momento comienza la caída de doña Bárbara, que se rinde vencida a la fuerza física y mental del único hombre que logra resistirse a sus encantos. Sin duda alguna, Santos Luzardo pertenece a la raza enérgica de los llaneros, pero con los ideales del hombre civilizado. De hecho, su estadía en Caracas no sólo la dedicó al estudio y a la obtención del título de abogado (que confirma su status de letrado), sino que también se empeñó en sofocar “las bárbaras tendencias del hombre armas tomar, latente en él” (Gallegos: 44). El principio de imponer la razón sobre la violencia lo expresa claramente al afirmar que “es necesario matar al centauro que todos los llaneros llevamos por dentro”, lo que lo impulsa hacia una lucha de carácter épico, “el deseo de consagrarse a la obra patriótica, a la lucha contra el mal imperante, contra la Naturaleza y el hombre, a la búsqueda de los remedios eficaces” (Gallegos: 44). Sin embargo, nuestro racional héroe se ve obligado a emplear la violencia para imponer su proyecto civilizatorio; de hecho con frecuencia actúa con la irracionalidad del héroe romántico. Prueba de ello es que renuncia indignado a la oferta de doña Bárbara de restituirle todo lo robado, simplemente porque ella insinúa malévolamente que Marisela “vive” con él. Veremos que a Santos Luzardo le repele toda alusión a la sexualidad.

Por otra parte, la “naturaleza-barbarie-mujer” se yergue como un tentador desafío que le permitirá consolidar su autoridad y poder de acción como masculinidad dominante. Para ello debe cumplir dos metas: doblegar o vencer a la fiera doña Bárbara, y educar a la silvestre Marisela para insertarla en el orden patriarcal. Santos se muestra sexualmente indiferente tanto a la belleza de Marisela como a la sensualidad de Doña Bárbara:

Santos Luzardo volvió a experimentar aquel impulso de curiosidad intelectual de sondear el abismo de aquella alma, recia y brava como la llanura donde se agitaba, pero que tal vez tenía, también como la llanura, sus frescos refugios de sombra y sus plácidos remansos, alguna escondida región incontaminada (Gallegos: 160).

La alusión a la tierra indómita y seductora es clara; pero a diferencia de los demás hombres de la novela, Santos es el emblema de la masculinidad racional que no se abandona a los apetitos del cuerpo. Marisela, a su vez, le brinda la oportunidad de transformarse a sí mismo en dios creador (ella es su “obra”), en un padre severo cuya misión es educarla y pulirla, o bien en un hermano y compañero de juegos, pero siempre desde la posición de autoridad incuestionada. Por otra parte, es interesante destacar que el único momento en que Santos se siente derrotado y cuestiona su propia masculinidad ocurre después de la muerte del Brujeador; no lo martiriza tanto la idea de haber asesinado a un hombre como la perspectiva de ser “el juguete” de una mujer:

(...) y partió, sombrío, repitiéndose la reflexión que acababa de hacerse: no la gloria roja de los dominadores a sangre y fuego habíale dado el suceso de Rincón Hondo, sino la triste fama del asesino, ejecutor de los designios de la mujerona (Gallegos: 278).

Santos Luzardo es el modelo de masculinidad que le dará forma al proyecto nacional, por eso no resulta sorprendente que se transforme en objeto del deseo de dos feminidades rivales y antagónicas: una que está anuente a insertarse en el orden patriarcal en los términos de sumisión que se le exige, la otra con tendencias subversivas y violentas, por lo que debe ser vencida.

2.4. *Feminidad patriarcal*

La insistencia en el carácter silvestre de Marisela, sencilla como la naturaleza, pero, a ratos inquietante también, como las monstruosidades de la naturaleza (Gallegos: 199), también corresponde a una imagen constante en la cultura occidental. Como afirma Anne McClintock

(1995), el mito de la tierra virgen es el mito de la tierra vacía, que implica una desposesión de género. La narrativa patriarcal destaca que ser virgen es estar desprovista de deseo y de cualquier iniciativa sexual. La virgen espera pasivamente el empuje masculino que la “insemine” de historia, lenguaje y razón:

Linked symbolically to the land, women are relegated to a realm beyond history and thus bear a particularly vexed relation to narratives of historical change and political effect. Even more importantly, women are figured as property belonging to men and hence as lying, by definition, outside the male contests over land, money and political power (McClintock 1995: 31).

De esta manera, cuando Marisela toma posesión de la herencia de la madre, en realidad la herencia pasa a manos de su marido: “todo vuelve a ser Altamira”. Pero el texto de McClintock va aún más allá; si doña Bárbara afirma que “para ser amada por Santos es necesario no tener historia”, el principio implícito es que la mujer que el sistema necesita debe ser una tabula rasa sobre la cual poder empezar a escribir una historia.

“¿No era yo un bicho de monte cuando usted me recogió?” (Gallegos: 191) Las palabras de Marisela denotan además una representación de sí misma desvalorizada, en espera de la aprobación de la mirada de la autoridad masculina. Esta autorepresentación desvalorizada es compartida por Genoveva, al negar estar enamorada del doctor Luzardo porque “no se ha hecho la miel para el burro”. Las manos varoniles que le lavan el rostro a Marisela y le hacen tomar conciencia de sí misma (“le despiertan el alma dormida”) son el principio de un proceso de adaptación social (en la novela llamado “humanización”) que le otorgará a Marisela el derecho a formar parte del núcleo básico propiciado por el orden patriarcal: la vida doméstica. De hecho, el lavado del rostro es una forma de purificación que conserva el cuerpo (blanco) libre de contaminación, aun en el límite de la civilización.

McClintock señala que el verbo domesticar se deriva de las palabras dominus (señor) y domum (hogar), sin embargo, el término también

ha sido asociado al concepto de “civilizar”. La expansión colonial europea difundió un ideal de domesticidad basado en el orden de géneros como forma de consolidar la estabilidad, pero al mismo tiempo le permitió al colonizador controlar más eficazmente a los pueblos colonizados. El salvajismo natural se supera a través de la narrativa de lo doméstico, que construye una relación de géneros por todos considerada “natural”, aunque en realidad establece la jerarquía social del hombre sobre la mujer.

Marisela debe pasar primero por un proceso de domesticación antes de ingresar al orden hogareño. Cabe destacar el paralelo entre la domesticación de Marisela y la domesticación de la yegua, que se “encabritaba”, pero “después de unos corcoveos cogía el paso por sí sola”. Su presencia alegra la casa y le satisface a Santos una necesidad de orden doméstico, pero también le sirve de defensa contra la adaptación a la rusticidad del medio en la medida en que trae el respeto a la casa por medio de los buenos modales, que le fueron inculcados por el propio Santos. Sus labores de ama de casa se limitan a limpiar, cocinar, remendar y aprender la lección diaria. Aunque Santos se resiste a considerar la posibilidad de matrimonio por la “carga” que ello significa (“Marisela será para mí una impedimenta que no me dejará disponer de mi vida libremente”), termina por resignarse puesto que el mantenimiento del orden implica la formación de una familia que mantendrá la unidad estructural necesaria para favorecer el progreso.

La prueba final que la muchacha debe pasar está relacionada con la capacidad de manifestar ternura, que es una característica que la cultura le atribuye a la mujer como rasgo distintivo de feminidad. Para ello, es necesario que demuestre dolor por la muerte de su padre en presencia de Santos, sólo entonces él se decide a tomarla por esposa:

(...) la mano acariciadora, la expresión de amor que tenían los ojos bañados en lágrimas, la ternura para la cual creyera incapacitada a Marisela (...) Era la luz que él mismo había encendido, la claridad de la intuición desbastada por él (Gallegos: 285).

Santos no cuestiona la falta de cuidados y afecto de parte de Lorenzo Barquero hacia Marisela (la ternura no se espera de un hombre); lo que le parece inaceptable es la falta de amor por parte de la hija hacia su padre. Culturalmente es a la mujer a quien se le exige prodigar afecto, y aquella que no sea capaz de hacerlo debe ser excluida del orden social.

2.5. *Feminidad subversiva*

Nuestra sociedad puede tolerar la rebeldía cuando es ejercida por un hombre. Normalmente se trata de individuos inadaptados a los cánones de comportamiento prescritos socialmente, lo que los impulsa a llevar un estilo de vida al margen de la legalidad. Se trata de temperamentos asertivos que entran en conflicto con la autoridad y, por lo mismo, tienden a autorelegarse a lugares fronterizos donde el brazo de la ley no puede alcanzarlos. Este tipo de caracteres lleva en sí una carga de romanticismo que los convierte en subjetividades atractivas para el grueso de la población, precisamente porque parecen ser capaces de dar rienda suelta a sus deseos libertarios. Sin embargo, cuando el sujeto en cuestión es de sexo femenino, cualquier acto de rebeldía es condenado públicamente, sin que haya posibilidad de redención. La literatura es expresión de poder, y desde esa perspectiva nos permite aproximarnos al modelo de feminidad priorizado por la sociedad patriarcal. Al respecto, la crítica feminista Lee Edwards (Schweickart: 1999) realizó un estudio de los personajes femeninos de las novelas:

El primer resultado de mis lecturas fue el sentimiento de que los personajes masculinos resultaban, por decirlo de alguna manera, más interesantes para sus autores que los femeninos. Así pues, al leer sus libros como parecía que sus autores esperaban que fueran leídos, si me identificaba ingenuamente con un personaje, siempre elegía a un hombre (...) Más extrañas aún, pero lamentablemente poco sorprendentes, fueron las evaluaciones que acepté acerca de los personajes femeninos. Por ejemplo, pronto aprendí que el poder era poco femenino y que las mujeres poderosas eran literalmente monstruosas(...) Todas unas hijas

de la chingada que debían ser eliminadas, reformadas o al menos condenadas (...) Aquellas pocas mujeres que aparecen dentro de la literatura como poderosas, además de admirables en algún sentido, lo son porque su poder está basado, si no en la belleza, al menos en la sexualidad (citado por Schweickart 1999: 126).

Doña Bárbara, llamada “la hombruna”, “la mujerona”, “la barragana”, “la cacica”, “la dañera”, la “guaricha”, parece ser una digna representante del grupo de “mujeres monstruosas”, o al menos, mujeres que no gozan de la simpatía del narrador. La rebeldía de doña Bárbara se manifiesta en tres aspectos fundamentales: desarrolla un comportamiento propio de los hombres machos (es decir, es poco “femenina”), da rienda suelta a sus impulsos sexuales (lejos del recato propiamente “femenino”), y lo que resulta aun más inadmisibles, se niega a formar una familia; de hecho, rechaza la maternidad como si fuera una maldición:

(...) un hijo en sus entrañas era para ella una victoria del macho, una nueva violencia sufrida”, y bajo el imperio de ese sentimiento concibió y dio a luz una niña, que otros pechos tuvieron que amamantar, porque no quiso ni verla siquiera (Gallegos: 26).

No existe mayor transgresión que la falta de amor maternal. Sin embargo, el autor le abre una puerta de salida al final de la novela (en la medida en que no la “mata”) porque doña Bárbara aparentemente se enamora perdidamente (rasgo típicamente femenino) y ese amor la hace descubrir el instinto maternal que llevaba dentro de sí. Por otra parte, su amor apasionado hacia Santos contradice la supuesta frialdad y falta de sensualidad en la que insiste el narrador:

Inhibida la sensualidad por la pasión de la codicia y atrofiadas hasta las últimas fibras femeniles de su ser por los hábitos de marimacho- que dirigía personalmente las peonadas, manejaba el lazo y derribaba un toro en plena sabana como el más hábil de sus vaqueros y no se quitaba de la cintura la lanza y el revólver (Gallegos: 30).

Si bien manejar peones, derribar toros y portar un revólver son rasgos propiamente

masculinos (las mujeres son frágiles y no están hechas para portar armas), la impulsividad irracional que la “hace incapaz de concebir un verdadero plan” está del lado de lo femenino. El narrador rechaza cualquier prueba de inteligencia de doña Bárbara (“su habilidad estaba, únicamente, en saber sacarle en seguida el mayor provecho a los resultados aleatorios de sus impulsos”), sin embargo, doña Bárbara concibe el plan de mover la casa habitada por los Mondragones, y también logra que se descubra a Balbino Paiba como responsable del asesinato de Carmelito y del robo de las plumas. A pesar de ello, el narrador insiste en su irracionalidad, agravada por su creencia en las supersticiones. Cabe destacar que los Estados Americanos declararon el catolicismo, si no religión oficial, al menos religión principal de la población. Desde ese punto de vista no es de extrañar que se haya combatido la superstición, la brujería, y cualquier creencia que haga alusión a un pasado indígena ya superado por la historia.

Lujuria, superstición, codicia y crueldad son el producto de la traumática experiencia de doña Bárbara vivida en su juventud, aunque el narrador no deja de señalar que las miradas desearantes de aquellos hombres le provocaban miedo y gusto a la vez. El mito de la mujer indígena lujuriosa se remonta a los tiempos del descubrimiento y conquista de América. Los conquistadores y primeros colonos no pudieron sino asociar la desnudez de las indias con una inclinación natural por parte de ellas a los apetitos carnales. Durante siglos las indígenas fueron tomadas a la fuerza por los colonos blancos, quienes, por su parte, exaltaban la pureza femenina de sus mujeres legales a través de la imposición de un régimen de disciplina y decoro doméstico.

Doña Bárbara es doblemente transgresora en ese aspecto. Por una parte, su belleza salvaje le despierta la “hirviente sensualidad y tenebroso aborrecimiento al varón”, y por otra (lo que resulta aún peor) rechaza el rol de la maternidad. Unido a lo anterior, la vestimenta, el vocabulario y el trabajo que realiza hacen de ella un ser casi infernal:

Durante las jornadas se entregaba a una actividad febril, a horcajadas sobre el caballo, amazona

repugnante de pantalones hombrunos hasta los tobillos (...)insultando a los peones por el menor descuido y destrozándole los ijares a la bestia con las espuelas (Gallegos: 137).

Doña Bárbara presenta similitudes con la otra mujer “varonil” de la novela regionalista: la Madona de “La Vorágine”. Esta última también goza de independencia y de una fuerza que la sitúan en el límite de lo tolerable. Al igual que doña Bárbara, se entrega a los apetitos carnales (como “loba insaciable”), se rehusa a integrarse al orden doméstico por medio del matrimonio y la maternidad, y se dedica a sus negocios como actividad principal. Ambas utilizan a los hombres para lograr sus fines, aunque doña Bárbara va un paso más allá puesto que les tiene un odio visceral. Como castigo por su desnaturalizado odio a los hombres (“...nada la complacía tanto como el espectáculo del varón debatiéndose entre las garras de las fuerzas destructoras”) es condenada a enamorarse perdidamente de Santos, único hombre destinado a subyugarla, y con el irracional impulso de los espíritus fatalistas, la mujer que no toleraba ponerse en condiciones de inferioridad ante nadie, se entrega a su destino sin ofrecer resistencia. Doña Bárbara se somete “feminilmente” a la autoridad de la masculinidad hegemónica:

(...) llevaba también, en la vehemencia del alma atormentada por ese sentimiento y en los apetitos de su naturaleza, hecha para el amor, el ansia insaciada de una verdadera pasión. Quería pertenecerle, aunque tuviera que ser como le pertenecían a él las reses que llevaban grabado a fuego en los costillares el hierro altamireño (Gallegos: 155).

¿Cómo se entiende un abandono tan drástico de todos los principios que la habían sustentado? El deseo de pertenecerle al macho dominante parece ser tan fuerte que la impulsa a olvidarse de sí misma, rechazando “el hábito del mal por el ansia del bien”. De esta forma, un repentino amor maternal la hace renunciar al hombre deseado en favor de su hija, para luego optar por la retirada y desaparecer sin dejar rastro alguno.

2.6. *Masculinidades subalternas*

La subordinación de las masculinidades llamadas subalternas (a las que se les atribuye características femeninas por su “exceso” de emotividad, nerviosismo, o irracionalidad) se lleva a cabo mediante la condena simbólica que sufren por parte de la sociedad. En la ideología patriarcal, la debilidad en un hombre es motivo de vergüenza para él y su familia. Las masculinidades subalternas no cumplen con los “requisitos” necesarios para ubicarse en la cumbre de la pirámide, como es el caso de Lorenzo Barquero, quien, habiendo tenido el futuro en sus manos, no tuvo la fortaleza emocional para hacerle frente a la “devoradora de hombres”. Barquero se transforma en un fantasma de sí mismo, en un exhombre. El narrador atribuye su caída a la mala influencia de doña Bárbara; aunque en su época de estudiante en Caracas Lorenzo Barquero ya daba pruebas de una tendencia a la misantropía y la depresión. De cualquier forma, el mensaje parece ser que la debilidad unida al vicio conducen al hombre a la autodestrucción:

(...) de la gallarda juventud de aquel que parecía destinado a un porvenir brillante sólo quedara un organismo devorado por los vicios más ruines, una voluntad abolida, un espíritu en regresión bestial (Gallegos: 26).

En la novela abundan las masculinidades subalternas de carácter irracional, como es el grupo de hombres que está al servicio de doña Bárbara (estar al servicio de una “hombrona” implica per se una transgresión del orden normal de las cosas). Balbino, traicionero, torpe y jactancioso no tiene las agallas de enfrentar a su jefa-amante, Apolinar, quien en opinión de mister Danger, no presentaba gran diferencia con el caballo que lo acompañaba en su sepultura (por lo demás, ambos se entregan a los apetitos del cuerpo), los Mondragones con su frialdad asesina y Melquíades, dotado de una inconsciencia absoluta. Todos ellos conforman lo que usualmente llamamos lacra social, y su destino en la novela es la de ser asesinados o terminar en la cárcel. Juan Primito es la excepción por los cuidados que le dispensa a Marisela. El narrador no

deja de mencionar cierta indefinición de género que lo hace transformarse en “aya solícita por tierna ambigüedad de bobería” (Gallegos:138); esta indefinición le trae la burla de los demás hombres y la falta de respeto de la propia Marisela. Por otra parte tenemos el triste caso de Mujiquita, que con todas sus buenas intenciones carece de la fuerza necesaria para asegurarse una posición respetable en el escalafón social. Tal vez por el mismo hecho de vivir en el pueblo se transforma en un hombre palúdico, triste y anquilado, incapaz de hacer frente a las insolencias y cambios de humor de su despótico jefe.

2.7. *Masculinidades marginales y racialización*

Cuando la masculinidad se entrecruza con otros factores, como raza, clase social o nacionalidad, se producen complejas relaciones que determinan jerarquías entre los hombres. De esta manera, las masculinidades de los blancos no sólo se construyen en relación con las mujeres blancas, sino también en relación con los hombres negros, mestizos, asiáticos, etc. Si a ello le agregamos la orientación sexual y la pertenencia a un estrato social determinado, tendremos un mapa de gran complejidad que altera la dinámica de desarrollo social. En la novela regionalista, la marginalidad se manifiesta a través de los grupos indígenas, cuya presencia alude a un retroceso en el tiempo y en la Historia. Se trata de una alteridad casi invisible, a pesar de que se siente su presencia. El retraso tecnológico, unido al apego a sus tradiciones y las continuas vejaciones de las que han sido objeto, los hacen conformar masculinidades débiles, susceptibles de ser dominadas incluso por una mujer. La humillante expulsión que los yaruros sufren por parte de Marisela y su huída estrepitosa no necesitan mayor comentario. A lo largo de la novela se exaltan ciertas características raciales que determinan la posición social que ocupa el sujeto. Es así como Santos (masculinidad blanca hegemónica) ocupa un lugar privilegiado; el brujeador, “un tipo de razas inferiores, crueles y sombrías, completamente diferente del de los pobladores de la llanura” (Gallegos: 2) se sitúa en clara inferioridad en relación con Santos,

al igual que Pajarote, “un zambo contento, canilludo y desgalichado” (Gallegos: 43). Los indígenas, como alteridad sometida por las condiciones ya señaladas, entre los mencionados ocupan el lugar más bajo. Robert Miles (1991) señala que la racialización fue creada como una forma de relegar a los “otros” a posiciones subalternas en la medida en que se les atribuyen ciertas características físicas que van unidas a comportamientos determinados, que se reproducen de generación en generación. De esta forma, la novela presenta estereotipos creados a partir de los orígenes raciales de la población, como es el caso de doña Bárbara que fue un producto de “la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india”. Santos afirma que el ancestro indígena aportó “la indolencia del indio que llevamos en la sangre”, lo que se transforma en un impedimento para poner en práctica proyectos destinados a civilizar el llano. Por otra parte, esas características raciales diferentes de lo europeo ayudan a conformar una identidad propia americana, como queda de manifiesto a través de la copla: “el llanero vierte la alegría jactanciosa del andaluz, el fatalismo sonriente del negro sumiso y la rebeldía melancólica del indio, todos los rasgos peculiares de las almas que han contribuido a formar la suya” (Gallegos: 208).

La superioridad blanca se manifiesta de muchas formas, entre ellas, la valoración que Santos hace de los colonizadores españoles por haber tenido la “visión” de introducir el ganado en el llano. También es interesante que a los dueños de los hatos que no toman parte en el trabajo y vigilan sus intereses a la hora del reparto del ganado recogido, se les llame popularmente “el blanqueje”.

2.8. *Masculinidades foráneas*

La presencia de los extranjeros es percibida con cierta desconfianza en la literatura regionalista (recuérdese “Don Segundo Sombra” y “la Vorágine”). Siguiendo la imagen prejuiciada que Occidente se construyó acerca del orientalismo, en “Doña Bárbara” aparece la figura del turco, que naturalmente responde a lo que se espera que sea un turco: vicioso, sádico, buen

negociante, pero además leproso. El caso de mister Danger es diferente porque en vez de desprecio lo que provoca es temor. Mister Danger se perfila como una hipermasculinidad con tintes caricaturescos (musculoso, fanfarrón, lujurioso), en gran medida debido a la revancha que el autor decide tomarse por el desprecio de ciertos extranjeros hacia los locales, “gentes que él consideraba inferiores por no tener los cabellos claros y los ojos azules” (Gallegos: 98). El narrador, que ya ha calificado al Brujeador como ser racialmente inferior, no tolera el prejuicio racista cuando proviene de parte del extranjero, más aún si el afectado es el héroe protagónico local: “Una altanera satisfacción de sí mismo le impulsaba a humillar al hombre de raza inferior que se había atrevido a discutirle”(Gallegos: 105). La misma altanería lo hace vicioso e insolente. Un extranjero de tales características constituye una amenaza y por lo mismo no es conveniente tenerlo en el suelo patrio. Al final de la novela mister Danger también se retira.

2.9. *La masculinidad frente a la autoridad*

En las instituciones como el Estado, el poder judicial y el aparato legislativo prevalece un orden masculino. Esto no sólo quiere decir que los altos cargos están en las manos de los hombres, sino también que la organización de las instituciones está estructurada de modo que el reclutamiento, la promoción, la división interna de trabajo, la elaboración de políticas y los sistemas de control, todo está determinado por relaciones de género. También es importante destacar que para muchos hombres, la masculinidad se define en oposición a la autoridad estatal, como ocurre con los grupos subversivos que establecen pactos de lealtad entre ellos mismos en miras a un ataque persistente y organizado contra el régimen institucional. En las regiones fronterizas (lejos de las ciudades) se da el fenómeno de que la autoridad estatal no tiene la presencia necesaria para obligar a los individuos a conducir sus vidas dentro del marco de lo legal, o bien, suele ocurrir que los

cargos representativos de la institucionalidad (jefe de policía, juez civil, etc.) son entregados a sujetos inescrupulosos cuyo único afán es el enriquecimiento ilícito, lo cual desprestigia aun más la imagen del Estado ante la comunidad.

La novela regionalista sitúa a sus protagonistas en regiones ubicadas en la frontera del mundo civilizado, en áreas rurales alejadas de los grandes centros urbanos que son sede de los poderes del Estado. Como se ha señalado, el brazo de la ley no alcanza a llegar, generándose una red de corrupción entre los funcionarios que ocupan los cargos públicos motivados por el interés de incrementar sus propias arcas. Tal es el caso de los gobernadores, los jefes de policía locales, o los jueces y demás funcionarios del poder judicial que parecen ser fácilmente sobornables. El papel de estos funcionarios públicos se contrapone a la legalidad estatal, o bien, no ejercen su trabajo con el celo profesional que se esperaba de ellos. Pero su desempeño también se opone al conjunto de normas éticas que dan origen a un código moral interno que es válido para los grupos humanos fronterizos, como es el caso de los llaneros. Estos suelen respetar un código de ética que frecuentemente entra en contradicción con la ley oficial.

En *Doña Bárbara*, la acción al margen de la ley se produce cuando Santos decide detener arbitrariamente y por la fuerza a los Mondragones, con la amargura de haber constatado la falta de pericia de las autoridades (“...el atropello me lanza a la violencia y acepto el camino”). Carmelito defiende el mismo principio: “...yo sé que la venganza no es buena; pero es lo único que tenemos por aquí para cobrar deudas de sangre”, y también el mulato Antonio en la novela “La Vorágine” (“como puaquí no hay autoridad, tié uno que desenrearse solo”). Por otra parte, el ejemplo clave de la corrupción oficial es el caso de Ño Pernalete, descrito por el narrador de la siguiente manera:

Se parecía a casi todos los de su oficio, como un toro a otro del mismo pelo, pues no poseía ni más ni menos que lo necesario para ser Jefe Civil de pueblos como aquel: una ignorancia absoluta, un temperamento despótico y un grado adquirido en correrías militares (Gallegos: 119).

Sin embargo, el mismo Ño Pernaleta expresa una opinión bastante generalizada: "...donde se meten un juez y un abogado, si uno los deja de su cuenta, lo que estaba claro se pone turbio, y lo que iba a durar un día, no se acaba en un año" (Gallegos: 236). Mister Danger le dice a Balbino que "...los jueces de este país tienen los ojos por adorno" (Gallegos: 273) pero también el narrador manifiesta una idea parecida al sostener que doña Bárbara se había hecho de su fortuna "...obteniendo de la venalidad de los jueces lo que la justicia no pudiera reconocerle" (Gallegos: 28). En general, ese orden alterado de lo que debería ser la legalidad es cuestionado por Santos Luzardo al enfrentarse verbalmente a Ño Pernaleta: "...aunque la ley no determine penas de multas o arrestos, ella obliga de por sí. Obliga a su cumplimiento, pura y simplemente" (Gallegos: 124). Pero, al examinar los expedientes de los litigios con Doña Bárbara se da cuenta de que sus posesiones también habían sido adquiridas en forma dudosa por su abuelo el Cunavichero. Esto contravendría la lucha por establecer en el llano el imperio del orden legal, como parte de la cruzada civilizadora de Santos Luzardo.

3. Conclusiones

La novela regionalista presenta organizaciones sociales donde los grupos de hombres constituyen el motor del relato, siendo las mujeres relegadas a un papel secundario como meros testigos o reafirmadoras de la hegemonía masculina. De esta manera, "Doña Bárbara" presenta una jerarquía social en la cual cada miembro acepta como natural el lugar que le ha sido asignado, dependiendo de sus antecedentes socio-económicos, raciales, culturales y genéricos. Los sujetos aceptan como máxima autoridad la masculinidad hegemónica y de acuerdo a ella se sitúan en posiciones determinadas, de modo que cualquier acto de subversión de ese orden no es viable. Las relaciones entre el llanero y el propietario están marcadas por la lealtad (no hay conflicto entre el obrero y el patrón), y las mujeres aceptan voluntariamente su confinamiento al

espacio doméstico y su rol subalterno ante la autoridad masculina. Entre estas últimas se encuentra una feminidad transgresora que no es aceptable para el sistema por lo cual termina siendo suprimida.

Sin embargo, este ordenamiento social es arbitrario y contradictorio, por lo cual no resulta sorprendente que la novela esté continuamente deconstruyéndose a sí misma. Al respecto, Toril Moi (1988) destaca el aporte de la feminista francesa Helene Cixous, quien planteó que la ideología patriarcal ha explicado el mundo en términos de oposiciones binarias alusivas a un polo masculino frente a otro polo femenino, donde el lado "femenino" siempre se considera el más débil, y por lo mismo, se le atribuye una posición subordinada. La ideología patriarcal se revela como un discurso masculino que privilegia el establecimiento de un hogar simbólico en cuyo centro siempre se encuentra ese "otro" domesticado que personifica la mujer. Sin embargo, como afirma David Morley (2000), este tipo de alteridad doméstica no incomoda, siempre y cuando acepte sin protestar el lugar que se le asignó y permanezca "en su lugar".

Pero la subordinación no sólo se produce a partir de las relaciones de género, sino también mediante la racialización de que son objeto otros grupos humanos, como las comunidades indígenas (masculinidades marginales). La diversidad cultural que la élite político-económica de América encontró al asumir la conducción de los nuevos Estados independientes, la hizo elaborar un proyecto nacional basado en la estratificación de clase, género, raza y cultura, donde los sujetos masculinos blancos de la clase dominante hablaban "en nombre" del resto de la comunidad. Morley (2000) define la nación como un lugar que funciona del lado de la homogeneidad, el equilibrio y la integración; es decir, la comunidad está conformada por diversos sentidos de pertenencia con exclusión de todo aquello que resulta indeseable. Para mitigar estas exclusiones y llevar adelante a la colectividad en relativa armonía, fue necesario desarrollar una consciencia nacional que hiciera de este proyecto algo propio de cada uno de los habitantes.

Para ello la literatura resultó de gran ayuda, si consideramos que reafirmó un ordenamiento social claramente estratificado de acuerdo a los parámetros ya mencionados. La configuración de géneros resulta particularmente importante porque la mujer, desde su posición de “otro interno domesticado”, no ha hecho más que asegurar la continuidad y reproducción del orden patriarcal, como ejemplifica la novela “Doña Bárbara”. Carlos Alonso (1990) cuestiona la supuesta simplicidad de la novela regionalista. Refiriéndose a “Doña Bárbara”, el autor señala que la utilización de la alegoría como estrategia narrativa, unida a la sistemática interpretación que el texto hace de sí mismo (en la medida en que guía la lectura), tiene más bien el efecto de producir un doble significado que se escapa a la intención doctrinaria del autor. Aquello que es expresado claramente da pie a significados ambiguos, aparte de las constantes “contradicciones” en las que cae el narrador y que provocan que la novela se deconstruya constantemente.

Finalmente, es importante destacar que los procesos identitarios son dinámicos y se van modificando de acuerdo a las condiciones histórico-sociales que priman en un determinado momento. Por eso no podemos hablar de una identidad nacional única, puesto que la diversidad cultural dentro de la frontera política que conocemos como Estado es la prueba cabal de una heterogeneidad irreductible. La validación de esa heterogeneidad pasa por el reconocimiento de las relaciones de género como componente primordial de una estructuración social desigual e injusta. Sólo en la medida en que se supere la antinomia “masculino-femenino” habrá un cambio real en nuestro destino colectivo.

Bibliografía

Alonso, Carlos. 1990. *The Spanish American regional novel*. Cambridge University Press.

Anderson, Benedict. 1991. *Imagined communities*. New York: Verso.

Bhattacharyya, Gargi *et al.* 2002. *Race and Power: Global racism in the twenty-first century*. London: Routledge.

Connell, Robert. 1995. *Masculinities*. California: University of California Press.

Fitz, Earl. 1991. *Rediscovering the New World*. Iowa City: University of Iowa Press.

Gallegos, Rómulo. 2002. *Doña Bárbara*. Guatemala: Editorial Piedra Santa.

Guiraldes, Ricardo. 2000. *Don Segundo Sombra*. Guatemala: Editorial Piedra Santa.

McClintock, Anne. 1995. *Imperial Leather: Race, gender and sexuality in the colonial contest*. Londres: Routledge.

Miles, Robert. 1991. *Racism*. London: Routledge.

Moi, Toril. 1988. *Sexual/Textual Politics: Feminist Literary Theory*. Madrid: Catedram.

Morley, David. 2000. *Home territories: Media, mobility and identity*. Londres: Routledge.

Navascués, Javier de. 2002. “La literatura hispanoamericana en su contexto (1915-1940)”. En *Manual de literatura hispanoamericana* Vol. IV, pp.11-72, Pamplona: Cénlit Ediciones.

Perotin-Dumon, Anne. 2001. *El género en historia*. Universidad Católica de Chile. <<http://www.sas.ac.uk/ilas/género>>.

Rivera, José Eustasio. 2002. *La Vorágine*. San José de Costa Rica: Directlibros.

- Sau, Laura *et al.* 1994. *A través del espejo*. Viña del Mar: Casa de la mujer.
- Schweicart, Patrocinio. 1999. "Leyendo(nos) nosotras mismas; hacia una teoría feminista de la lectura". En *Otramente: lectura y escritura feministas* (comp. Marina Fe), pp.112-151, México: FCE, Programa universitario de estudios de género, UNAM.
- Sicard, Alain. 1998. "Literatura latinoamericana: espacio de escritura y espacio de identidad". En *Fronteras e identidades*, pp.1-7, San José de Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Swinburn, Daniel, 28 de Noviembre de 1999, Entrevista al historiador John Tosh, Santiago de Chile: Diario *El Mercurio*.